

Clie  
cerca  
de ti

#CLIECERCADETI



GOZO  
frente al  
sufrimiento

Recursos en forma de:

ARTÍCULOS

DEFINICIONES

FRASES

POESÍAS

REFLEXIONES

VIDEOS INSPIRACIONALES



editorial clie

con la colaboración de



Aprender • Educar • Inspirar

CORONAVIRUS:

*¿maldición*

o

*bendición*



.....

*José Mª Baena*

*Autor, pastor, profesor, ex-presidente de Asambleas de Dios España y de la FEREDE  
y miembro de la junta rectora de CLIE.*

**N**o parece razonable colocar la palabra *bendición* al lado de su opuesta, la *maldición*; y menos, en relación con la fatídica nueva “palabra del año”, que no es –de momento– otra que *coronavirus*. Pero en la vida, salvo en fotografía y en el cine, nada es solo negro y blanco; hay colores y matices que la enriquecen y que la hacen bonita, a pesar de algunos aspectos feos que también pueda tener. No cabe duda, del sufrimiento se puede experimentar el gozo, como se nos dice de “Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él *sufrió* la cruz” (Heb 12:2).

No cabe duda, el coronavirus –*covid-19* para los científicos, técnicos y políticos, término más “neutro” que camufla un poco sus efectos emocionales negativos– es una maldición: mata, y lo hace avanzando inexorablemente, con rapidez y eficacia letal; no conoce fronteras geográficas, ni de edad, sexo o condición; ataca a creyentes y a no creyentes. Pablo decía “¿Quién enferma y yo no enfermo?”.

No faltan, dentro de nuestro propio campo espiritual, los profetas, videntes y agoreros que sacan partido de la situación lanzando al aire mensajes catastróficos de juicios divinos, constituyéndose en portavoces de la maldición, o de cualquier otro mensaje autodirigido. No seré yo quien los juzgue, pero en circunstancias como estas, hemos de ser muy prudentes y no asumir que todo cuanto se nos viene a la cabeza (¿?) es un mensaje divino que nos ha sido revelado a nosotros –escogidos– o a unos cuantos privilegiados conocedores en exclusiva de los misterios divinos. Como diría Pedro, “tenemos la palabra profética más permanente...”, es decir, las Escrituras, no sujetas a interpretación personal.

La pregunta es: ¿puede haber bendición en un agente letal que ha sido capaz, a pesar de su tamaño microscópico, de parar el mundo? Parece que sí, porque este parón brusco es como un aviso antes de que uno se precipite irremediabilmente en el abismo. Una frenada en seco que, como dice mi esposa –y sabe de qué hablamos ha producido un “latigazo cervical”, de cuyas consecuencias tendremos que reponernos cuando se reanude el movimiento. ¿Cuál es la bendición entonces, si es que puede haberla?

El mismo parón en sí es una bendición. Nuestro mundo acelerado va a ciegas hacia el descalabro, el suicidio de la especie. No hace falta entrar en detalles, pues todo el mundo los conoce, aunque no todo el mundo es consciente de ellos.

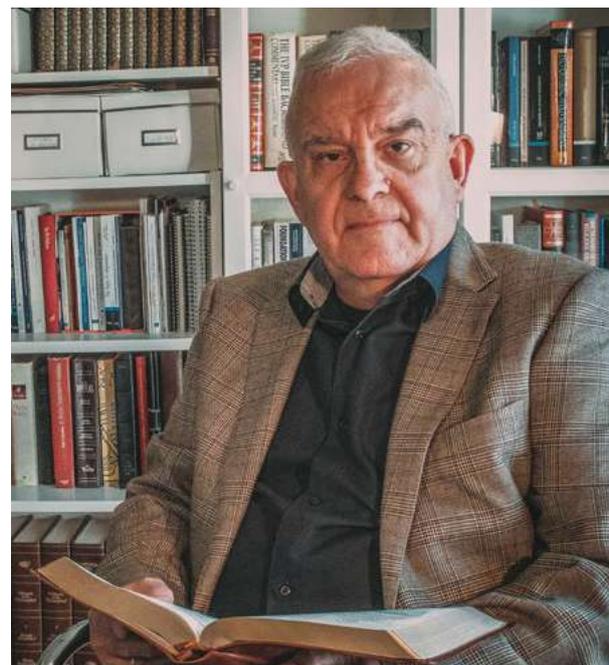
**No cabe duda, del sufrimiento se puede experimentar el gozo, como nos dice Jesús.**

**... en circunstancias como estas, hemos de ser muy prudentes y no asumir que todo cuanto se nos viene a la cabeza (¿?) es un mensaje divino que nos ha sido revelado a nosotros ...**

**¿Cuál es la bendición entonces, si es que puede haberla?**

**El mismo parón en sí es una bendición. Nuestro mundo acelerado va a ciegas hacia el descalabro, el suicidio de la especie.**

Así, de pronto, la mayoría nos hemos visto confinados en nuestros hogares, sin poder trabajar, ni salir a divertirnos, ni consumir sin freno. Es cierto que, para muchos, el confinamiento supone su absoluta soledad. Otros, la mayoría, con nuestras familias. Ha parado el desenfreno del mundo consumista; han bajado los índices de polución a nivel mundial. De pronto lo esencial se ha sobrepuesto a lo superficial, por mera necesidad de supervivencia. El planeta respira por un momento, los seres humanos –los mayores depredadores de la biosfera– han desaparecido de las calles, de las carreteras, de los trenes y de los aviones, confinados a la fuerza. Las aves y los animales salvajes –mejor silvestres, ¿no?– recuperan parte de su espacio natural que el asfalto les había arrebatado. Al decir esto no trato de promover la vuelta al paleolítico, sino llamar a la reflexión sobre nuestras estructuras de vida y valores.



Los mismos cristianos nos hemos visto reducidos a lo más básico: la fe en el hogar, el reencuentro con los nuestros y con nosotros mismos; y lo más importante: incluso el reencuentro con Dios y con su palabra en la sencillez de la intimidad personal. Los templos cerrados, pero las líneas de comunicación real abiertas. Gracias a las tecnologías. Sí, y ya sé que ellas dependen de ese mundo acelerado, moderno, de asfalto y contaminación, etc. Aunque quizás, no tanto.

Si la situación presente, a pesar de lo trágico y doloroso que está siendo –y continuará siendo– y con todo el respeto, consideración y empatía hacia quienes la están sufriendo en su máxima expresión, sirve para que nos replanteemos un poco los fundamentos de nuestro sistema de vida y corriamos algunas de sus deficiencias, el sacrificio de tantos no habrá sido en vano. En ese sentido, podremos contabilizarla como una bendición. Las crisis suelen acabar con lo previo, pero sirven, si se las sabe asimilar, para promover un estadio nuevo, mejor que lo anterior, si se sabe aprender de ellas. El profeta Jeremías escribió en sus días: “Así dijo el Señor: «Paraos en los caminos, mirad y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino. Andad por él y hallaréis descanso para vuestra alma.» (Jr 6:16).

El problema es que la respuesta que recibió fue, «¡No andaremos!» Es decir, que se negaron a aceptar el consejo profético. Ojalá que nosotros sepamos recibirlo y responder positivamente. Que este parón forzoso nos permita recuperar la clarividencia del Espíritu, y obtener bendición de él, para nosotros y para cuantos nos rodean.

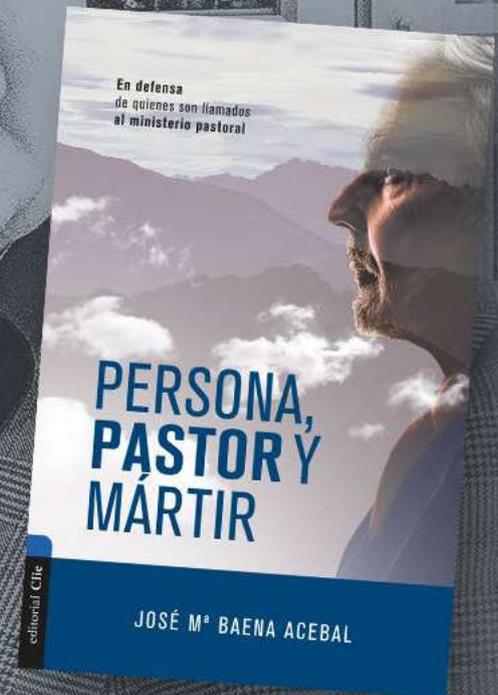
**“Así dijo el Señor: «Paraos en los caminos, mirad y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino. Andad por él y hallaréis descanso para vuestra alma» (Jr 6:16).**

José M<sup>a</sup> Baena

Sevilla, 30 de marzo de 2020

JOSÉ MARÍA BAENA ACEBAL

# UNA MIRADA PASTORAL CON PASIÓN



NECESIDAD  
DEL  
MINISTERIO  
PASTORAL  
HOY  
**¿TE PREPARAS?**

PIENSAS,  
SIENTES,  
SUFRES,  
TRABAJAS,  
DISFRUTAS,  
**¿DESCANSAS?**



*gozo*

*y sufrimiento*

## Gozo

Por lo general alguna forma de la raíz heb. 1524 *gil*, גִּיל, que prop. sign. «girar aldededor» bajo la influencia de una emoción fuerte, de donde «gozo, júbilo, alegría»; gr. 5479 *khará*, χαρά = «gozo, deleite», relacionado con *khalro*, χαίρω, «gozarse, regocijarse».

El gozo es una emoción que se identifica con un sentimiento de plenitud y de satisfacción. Es el resultado de una experiencia de felicidad por el cumplimiento de lo esperado o anhelado.

El gozo pertenece al corazón del mensaje bíblico y tanto en el Antiguo como en el NT va siempre asociado a la experiencia de la salvación, sea en la forma de promesa o de cumplimiento. En ambos testamentos Dios mismo es la base y objeto del gozo del creyente (cf. Sal. 35:9; 43:4; Is. 61:10; Lc. 1:47; Ro. 5:11; Fil. 3:1; 4:4). Según las Escrituras hebreas, Dios se deleita y se complace en cumplimiento de su buena voluntad y en la práctica de la justicia (1 Sm. 15:22; cf. Miq. 6:7). Según Isaías 62:5, “como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti”. Dios se alegra del bienestar de su pueblo, lo que es motivo de alegría para estos (Sal. 35:27; cf. 95:1-2). Es un gozo mutuo, tal como se refleja en el Salmo 104:31-34 (cf. 92:1-5). “El Dios atestiguado en las Sagradas Escrituras es el Dios quien irradia gozo, y sin ese gozo no sería comprensible en su deidad y no sería quien es” (K. Barth)

La palabra gr. *khará*, χαρά, se usa 59 veces en el NT, y el vb. deriv. *khairain*, χαίρειν = «regocijarse», 74, lo que nos da una ligera idea de su importancia, a lo que hay que sumar los términos que también pueden considerarse afines al gozo, como la > alegría (gr. *agalliasis*, ἀγαλλίασις) con el vb. de la misma raíz *agalliao*, ἀγαλλιάω = «alegrarse», regocijarse en gran manera, vocablos que ocurren en el NT cinco y once veces respectivamente, y el vb. *euthymeo*, εὐθυμέω = «tener buen ánimo», que, con sus derivados 2155 *eúthymos*, εὐθύμος = «persona de buen ánimo», y el adv. correspondiente *euthymos*, εὐθύμος = «con buen ánimo», suman otras cinco veces más. En total, 154 veces, lo cual ofrece una imagen reveladora del mensaje del Evangelio entendido desde el principio como «noticia de gran gozo» (cf. Lc. 2:10).

El gozo se presenta como un sentimiento profundamente religioso, que lo caracteriza. En el AT, el gozo es una característica del pueblo de Israel, que se manifestaba de modo especial en las grandes > fiestas (cf. Sal 122:1). La consigna festiva era “te alegrarás delante de Yahvé tu Dios... y tu alegría será completa” (Dt. 16:11, 14, 15).

El libro de los Salmos resuena en muchos lugares con el gozo de la > adoración de la alabanza y de la acción de gracias y con todo lo relacionado con el > Templo: “Yo me alegré con los que me decían: A la casa de Yahvé iremos” (Sal. 122:1; cf. 27:4). Es un llamamiento universal: “Cantad alegres al Señor, habitantes de toda la tierra” (Sal. 100:1).

En el libro de Neh. 8:10, después de la lectura e interpretación de la Ley, dice Esdras para resumir la gran solemnidad de aquel día: «porque el gozo de Yahvé es vuestra fortaleza». Y al final del v. 17, aludiendo a la alegría manifestada por el pueblo al día siguiente, dentro de los siete días de la gran fiesta, se lee en el original heb. *Wattehi simjah gedolah meod*, וַתְּהִי שִׂמְחָה גְדוֹלָה מְאֹד = «Y hubo regocijo grande sobremanera».

En el NT el gozo consiste en la experiencia del > don de Dios, comenzando por la vida y muerte de su Hijo, cuyo efecto produce en los creyentes un «gozo inefable y glorioso» (1 P. 1:8). Del mismo modo, «el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Ro. 14:17). Asimismo, el > fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, y otras hermosas características producidas en el corazón del creyente (Gál. 5:22, 23).

El gozo es una de las características principales de aquellos que han sido conducidos al conocimiento de Dios y están en comunión con Cristo (Jn. 17:13), de manera que puede decirse que el gozo es una parte integral de la salvación. El apóstol Pablo deseaba para los romanos que el Dios de esperanza los llenara de todo gozo y paz en el creer (Ro. 15:13). De los tesalonicenses se dice habían recibido la palabra «en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo» (1 Ts. 1:6). Hasta tal punto el gozo constituye una nota característica de la vida cristiana, que el apóstol Pablo lo introduce como un mandamiento imperativo: «Regocijaos» (*khairete*, χαίrete = «tened gozo», 2 Cor. 13:11).

El gozo es un anticipo del estado final. Los creyentes disfrutaban por adelantado el gozo eterno de la salvación. El gozo es, pues, una realidad escatológica y una nota que define a la comunidad cristiana. En el Apocalipsis “la idea de gozo se proyecta hacia adelante” (A. Richardson). Ap. 7 compara el cielo a la muy alegre fiesta de Enramadas. “Esta alegría tan grande nace del futuro y, a través de una lectura diferente de los hechos penetra el presente, provocando el canto de las comunidades perseguidas. Aquí [en el canto] ellos verifican que no han sido engañados. La resistencia y la lucha de hoy son simiente de este futuro tan atrayente” (Mesters y Orofino, *Apocalipsis de São João*, 317-318). De hecho, el Apocalipsis es uno de los libros más alegres de la Biblia. En su pobreza, los perseguidos viven una felicidad que los poderosos, en su riqueza, no consiguen entender ni poseer. Detrás del dolor de la persecución, los apocalípticos encuentran la certeza de estar en la mano de Dios. La alegría explosiona en cantos de loor y de acción de gracias. Ya había dicho Jesucristo, que la persecución por causa de él no es motivo de tristeza, sino de gozo (cf. Mt. 5:11, 12; Jn. 16:1-4; Hch. 5:41). Véase ALEGRÍA, CANTO, FIESTA, FORTALEZA, TEMOR.

BIBLIOGRAFÍA: S. Garofalo, «Gozo», en *NDTB*, 695-670; J. McDowell y D. Bellis, *Motivo de gozo y alegría* (Betania 1990); J. Moltmann, *Sobre la alegría, la libertad y el juego* (Sígueme 1972); E. Otto y T. Schramm, *Fiesta y gozo* (Sígueme 1983); J. Piper, *Sed de Dios* (Andamio 2010); J. Stam, *Apocalipsis II* (Kairós).

J. STAM

## Sufrimiento, sufrir

Traducción de diferentes términos hebreos y griegos:

1. Heb. 4341 *makheob*, מַכְהוֹב = «angustia, aflicción, sufrimiento» (Job 33:19; Sal. 32:10; 38:17; 69:26; Ecl. 1:18; 2:23; Is. 53:3,4; Jer. 30:15; Lam. 1:18); 4531 *massah*, מַסָּה = «prueba, sufrimiento» (Job 9:23); 8513 *telaah*, תְּלַאֵחַ = «calamidad, sufrimiento, trabajo, fastidio» (Neh. 9:32).

2. Gr. 3804 *páhtema*, πᾶθημα = «sufrimiento, aflicción» (1 Pd. 1:11); 430 *anékhomai*, ἀνέχομαι, voz media de *anekho*, ἀνέχω = «soportar, aguantar, padecer, sufrir, tolerar» (Mt. 17:17; 9:19; Lc. 9:41; 1 Cor. 4:12; 2 Cor. 11:2; Col. 3:13; 2 Tes. 1:4; 2 Ti. 4:3); 3958 *paskho*, πάσχω = «padecer, sufrir» (Mc. 5:26; 1 Pd. 2:20); 91 *adikeo*, ἀδικέω, se emplea en la voz media o pasiva para denotar el acto de recibir o sufrir agravio (1 Cor. 6:7; Ap. 2:11); 2553 *kakopatheo*, κακοπαθέω = «sufrir el mal, soportar aflicciones» (2 Ti. 4:9; 4:5; Stg. 5:13).

1. El misterio del sufrimiento.
2. El sufrimiento en el Siervo de Yahvé.
3. El sufrimiento en Jesús.
4. El sufrimiento en la vida cristiana.

I. EL MISTERIO DEL SUFRIMIENTO. El sufrimiento en la vida por lo general va unido al sentimiento de pérdida, daño o carencia, sea físico o espiritual. Puede ser propio o ajeno, merecido o injusto, aceptado o tolerado. Constituye un grave problema religioso cuando afecta a personas aparentemente inocentes. El libro de Job se plantea el problema del sufrimiento del justo y, frente a los que consideraban que tenía que deberse a un pecado oculto, el autor relaciona los sufrimientos del inocente con el misterio de Dios, pero sin ofrecer una solución racional al problema. Se limita a demostrar a Job cómo los juicios de Dios son inescrutables.

Como todo lo que pertenece a la existencia humana, la experiencia psicológica y moral del sufrimiento es ambivalente. Hay una clase de sufrimiento que no plantea ningún problema moral, el que el infractor de la ley se acarrea sobre sí mismo con sus actos de rebeldía. Hay otro tipo de sufrimiento inmerecido, causado por la injusticia y malicia de los otros, que por lo general se soporta y se tolera en espera de la justificación vindicativa de Dios, que al final intervendrá a favor del justo. Como ya hemos dicho, el problema del sufrimiento surge cuando afecta a personas inocentes y el Cielo permanece en silencio. Ante este misterio ni el mismo Jesucristo ofrece una respuesta clara cuando es requerido (cf. Jn. 9:2-3). Pero la experiencia humana también enseña que el sufrimiento puede tener un valor de tipo pedagógico y correctivo. Así, Dios lo emplea como medicina para llevar a Israel al buen sentido y a la obediencia (cf. Am. 4; Os. 6:1-6; 11; Is. 63:9-16). Puede contribuir a purificar las intenciones y, en ocasiones, es utilizado como prueba de la fe, aunque a veces la cantidad de sufrimiento parece desproporcionada en relación con la prueba o incluso con el pecado cometido (cf. Sal. 13:1s; 35:17; Jer. 12:4).

Hay también un tipo de «sufrimiento vicario», el del padre por los hijos, el de los soldados por su pueblo, el del

justo por la justicia, que pone de manifiesto a la experiencia humana el valor expiatorio y salvífico del dolor, a partir de lo cual surge la imagen del justo paciente y victorioso (cf. Sal 22 y 69) y del Siervo sufriente de Yahvé (Is. 53), a la que el judaísmo tardío añade la de los justos martirizados por su fe (2 Mac; 4 Mac; 4 Esdras, etc.).

II. EL SUFRIMIENTO EN EL SIERVO DE YAHVÉ. El sufrimiento juega un papel significativo en los llamados «cánticos del siervo de Yahvé». Este misterioso personaje, individuo o colectividad, es elegido por Dios precisamente para descargar sobre él un dolor y un sufrimiento que le destroza (Is. 53:10), pero que, paradójicamente, se convierte en causa de sanidad: «Despreciado y desechado por los hombres, varón de dolores y experimentado en el sufrimiento... llevé nuestras enfermedades y sufrí nuestros dolores. Nosotros le tuvimos por azotado, como herido por Dios, y afligido..., molido por nuestros pecados... por sus heridas fuimos nosotros sanados» (vv. 3-5). Este siervo no sufre por sus propios pecados, sino porque ha sido constituido sustituto del pueblo rebelde: «Yahvé cargó en él el pecado de todos nosotros» (v. 6).

En virtud de esta sustitución-representación, será prosperado cuando se haya puesto su vida como sacrificio por la culpa del pueblo (v. 10). «A causa de la angustia de su alma, verá la luz y quedará satisfecho. Por su conocimiento mi siervo justo justificará a muchos, y cargará con los pecados de ellos» (v. 11). El sufrimiento no es considerado como algo deseable, sino al contrario, es visto como un mal que se abate sobre una víctima inocente, cuya asunción tiene un carácter expiatorio de satisfacción vicaria por los pecados causantes, precisamente, de ese sufrimiento. «El Siervo va a ser presentado como víctima *expiatoria* por su pueblo, y esto es lo verdaderamente nuevo en esta revelación. Ese carácter de los sufrimientos en satisfacción por los demás es totalmente desconocido en el AT fuera de estos pasajes» (M. García Cordero). Israel reconoce en la misión y en el sufrimiento del siervo de Yahvé su propia suerte, descubriendo que el misterio del sufrimiento vicario es la esencia misma de su existencia histórica —y, por ende, del Mesías que se espera—, al tiempo que, llegado el momento, los apóstoles verán en él el anuncio prefigurado del destino de Jesús, que cumple la misión del siervo, poniendo su vida en rescate por muchos y, así, «por medio de los padecimientos, conducir a muchos hijos a la gloria» (Heb. 2:10).

III. EL SUFRIMIENTO EN JESÚS. En Jesús el sufrimiento no aparece en sus discursos sino en su vida, en su compasión y en su entrega en sacrificio por el bien de sus hermanos. El sufrimiento es parte esencial de su vida y misión. La > compasión, que es una manera vicaria de compartir el sufrimiento ajeno, destaca en los relatos evangélicos referida al sentimiento de Cristo ante la multitud descarriada (Mt. 9:36; Mc. 6:34), enferma (Mt. 14:14), hambrienta (Mt. 15:32; Mc. 8:2). Por compasión ante el sufriente, Cristo rompe la leyes de impureza y toca al leproso para sanarle (Mc 1:41). Para

el Evangelio de Mateo, la sanidad de los enfermos es parte del cumplimiento de las profecías sobre el Siervo sufriendo de Yahvé: «De modo que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías, quien dijo: El mismo tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8:17). En la misma clave profética los apóstoles interpretarán posteriormente el sufrimiento personal de Cristo y su muerte (Lc. 22:15). No hay exaltación del dolor en Jesús, ni en sus enseñanzas ni en su vida. De haberle sido posible, hubiese dejado a un lado el cáliz del sufrimiento (cf. Mt 26:39). La perspectiva del dolor y la humillación de su entrega y pasión en manos enemigas le angustiaba (cf. Mc. 14:33). Acepta el sufrimiento porque forma parte de la voluntad de su Padre para la salvación del mundo en su calidad de siervo que entrega su vida en sacrificio (Mt. 20:28; Mc. 10:45; 1 Tim. 2:6); «el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 Pd. 3:18). «Aunque era hijo, en el sufrimiento aprendió a obedecer» (Heb. 5:8). Por amor a Dios y al mundo, Jesús asumió el camino del dolor, el sufrimiento y la violencia que la caracterizan la existencia humana. Se hizo «en todo semejante a sus hermanos, para convertirse en sumo sacerdote misericordioso y fiel ante Dios, para alcanzar el perdón de los pecados del pueblo. Pues por el hecho de haber sufrido y de haber sido probado, está capacitado para venir en ayuda de aquellos que están sometidos a la prueba» (Heb. 2:17-18). De modo que el sufrimiento de Jesús no cae dentro de la categoría del castigo por el pecado, sino en la del valor expiatorio del siervo inocente que carga sobre sí con todo el dolor y la injusticia del mundo con vistas a acabar con el sufrimiento-culpa mediante el sufrimiento-amor. Jesucristo crucificado es el instrumento escogido por Dios «para que, mediante la fe, se obtenga por su sangre el perdón de los pecados» (Ro. 3:25).

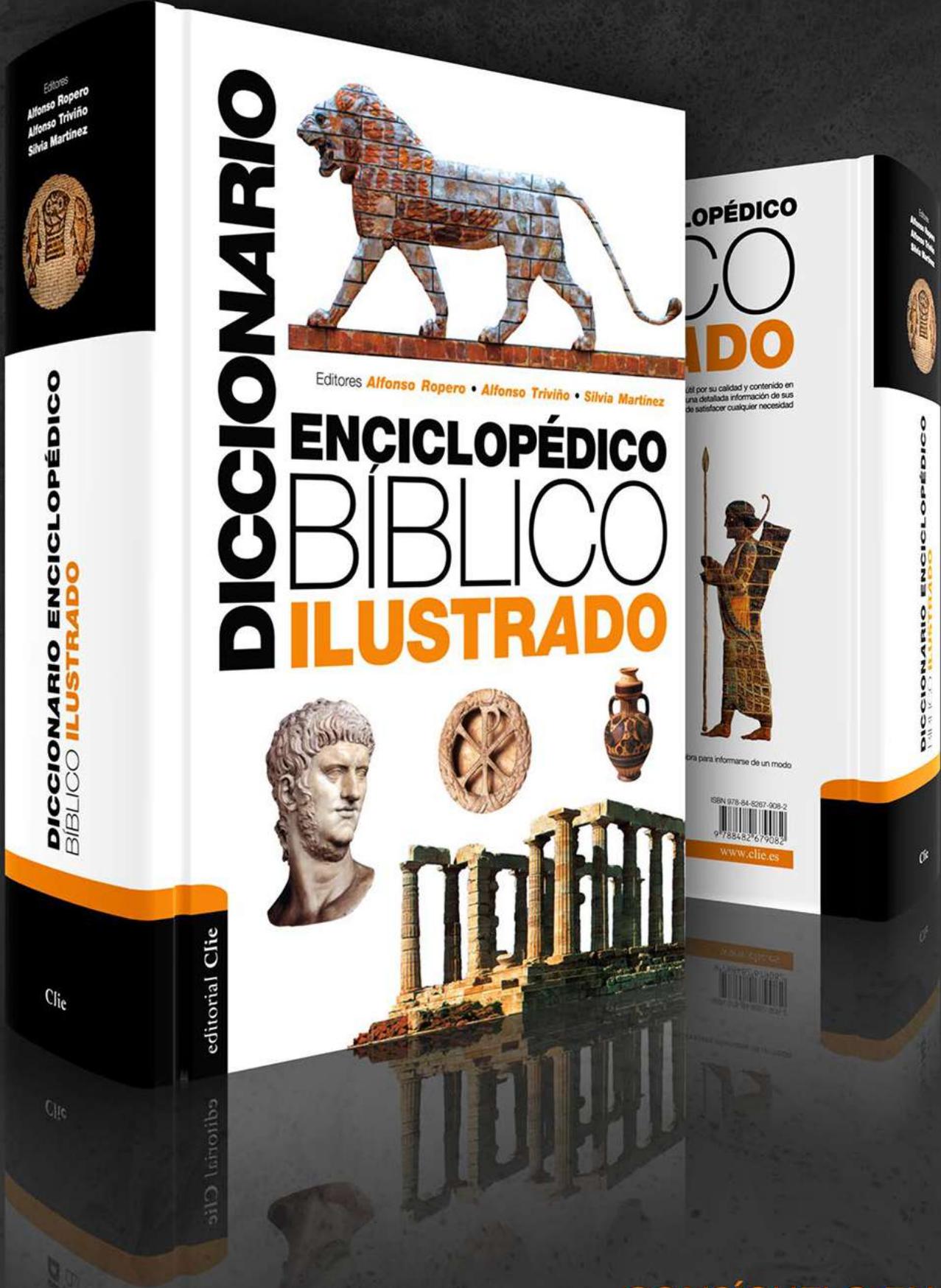
IV. EL SUFRIMIENTO EN LA VIDA CRISTIANA. Si el sufrimiento de Jesús tiene auténtico valor salvífico redentor, entonces el sufrimiento que el justo padece injustamente por causa de la justicia y de Cristo, no es solo consecuencia del seguimiento del «despreciado» por las autoridades y poderosos del mundo, sino también participación en el misterio de la salvación: «Se os ha concedido a vosotros, a causa de Cristo, no solamente el privilegio de creer en él, sino también el de sufrir por su causa» (Flp. 1:29). Mediante el sufrimiento, tolerado, soportado, no buscado ni provocado, el cristiano participa existencialmente del destino de su Salvador, de sus sufrimientos (2 Cor. 1:5; 1 Pd 4:1, 13), y también de la gloria que les sigue (1 Pd. 4:13; 5:1; cf. Ro. 8:18; 2 Cor.

4:17). En medio del sufrimiento se establece un estrecho nexo de unión con Jesucristo y su muerte (2 Cor. 4:10).

El cristiano es dichoso, no por el sufrimiento en sí, sino por la causa a que obedece: «por causa de la justicia» (Mt. 5:12), por causa del nombre de Cristo (Mt. 10:22; 24:9; Mc. 13:13; Lc. 21:12; Jn. 15:21; Ap. 2:3), o sea, por el Evangelio (Mc. 8:35; Hch. 20:24). El cristiano no sufre ni se somete al sufrimiento para lograr la salvación que ya ha sido obtenida definitivamente en la cruz de Cristo. El sufrimiento y las tribulaciones, cuando obedecen al seguimiento y la práctica del Evangelio, son la marca de su pertenencia a Jesús (cf. Gal. 6:17). Pablo llega a decir: «Ahora me alegro de sufrir por vosotros, y por mi parte completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (Col. 1:24), lo cual no significa que el Apóstol coloque sus tribulaciones en el mismo plano que los sufrimientos de Cristo, único y perfecto mediador (2 Tim. 2:5; Ro. 5:17), ni que las tribulaciones de Cristo han tenido lugar de una manera deficiente, incompleta, sino que «las penalidades asumidas por causa de Cristo, dan eficacia a la predicación entre los colosenses y en otras comunidades de todo el mundo, que llevan la fe a su plenitud» (Schweizer). El sufrimiento de los cristianos no añade absolutamente nada a la pasión de Jesús, pero los hacen semejantes a su Maestro, apropiándose de su palabra de salvación, pero también acogiendo como propio el camino de la cruz (Mt 16:24; Mc. 8:34; Lc. 9:23). Véase DOLOR, MAL, PASIÓN DE JESÚS, PECADO, SIERVO DE YAHVÉ, TEODICEA.

BIBLIOGRAFÍA: R. Anderson, *El silencio de Dios* (PPE 1983); A. Bonora, "Mal/Dolor", en *DTB*; J.M. Cabodevilla, *La impaciencia de Job. Estudio sobre el sufrimiento humano* (BAC 1967); N. Calduch Benagues, *En el crisol de la prueba* (EVD 2003); H. Carson, *Dios mío, ¿por qué sufro?* (EP 1996); B. Gärtner, "Sufrimiento", en *DTNT* IV, 236-245; M.A. Mesías, *Perspectiva bíblica del sufrimiento* (CLIE 2001); J. Moltmann, *El Dios crucificado* (Sígueme 1977); M.L. Ramlot y J. Guillet, "Sufrimiento", en *VTB*, 768-772; J. Schmid, "Sufrimiento", en *DTB*, 99-104; E. Schweizer, *La carta a los Colosenses* (Sígueme 1987); E.F. Sutcliffe, *Dios y el sufrimiento en el Antiguo y en el Nuevo Testamento* (Barcelona 1959); P. Young, *Dónde está Dios cuando se sufre* (CLIE 1980).

A. ROPERO



Editores  
Alfonso Ropero  
Alfonso Triviño  
Silvia Martínez



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO  
BÍBLICO ILUSTRADO

Clie

editorial Clie

# DICCIONARIO



Editores **Alfonso Ropero** • **Alfonso Triviño** • **Silvia Martínez**

# ENCICLOPÉDICO BÍBLICO ILUSTRADO



OPÉDICO  
CO  
ADO

... por su calidad y contenido en una detallada información de sus... de satisfacer cualquier necesidad



... para informarse de un modo

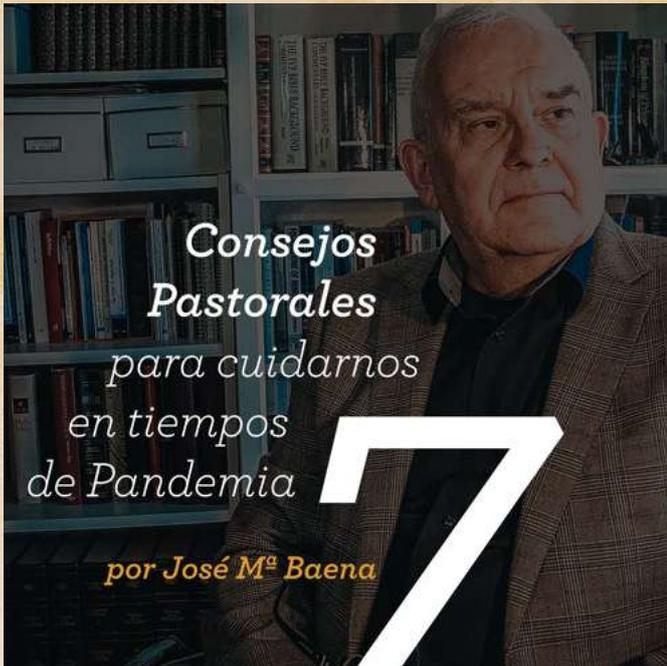
ISBN 978-84-8267-908-2



www.clie.es

CONSÍGUELO EN

[www.clie.es](http://www.clie.es)



1

OSWALD CHAMBERS

**“El dolor quema mucha superficialidad”**

Quizás el peor virus que llevamos dentro es habernos vuelto muy superficiales y olvidarnos de los valores esenciales del ser humano. El diccionario define “humanitario” como el que siente afecto, compromiso o solidaridad hacia la gente, en especial con los más débiles o necesitados.

PABLO DE TARSO

**“No desamparados,  
derribados, pero no  
destruidos”**

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados, perseguidos, pero no desamparados, derribados pero no destruidos.  
2 Corintios 4:8-9 (RVR).

2

JOSÉ Mª BAENA

**“El sufrimiento es como un maestro que deja huella en tu alma y tu vida”**

El sufrimiento es como esos maestros duros y estrictos que llegas a valorar porque dejan huellas invisibles en tú alma y tú vida. Que este dolor y sufrimiento que nos toca vivir sea un maestro para hacer reavivar nuestras almas y reavivar nuestras vidas.

3

VÁCLAV HAVEL

*“Esperanza no es lo mismo que optimismo”*

Esperanza no es lo mismo que optimismo. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente de cómo resulte, es decir, que esté basada en valores. ¿Cuáles son nuestros valores?

4

6

REINHOLD NIEBUHR

*“La Oración de la Serenidad”*

Dios, concédeme la serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar, el valor para cambiar las cosas que puedo cambiar y la sabiduría para conocer la diferencia.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

*“Lo esencial es invisible a los ojos”*

Significa que el verdadero valor de las cosas no siempre es evidente. La frase aparece en El Principito, narración breve sobre la importancia del amor y la amistad. La paradoja de la Pandemia es que quizás también nos infectemos los unos a los otros con amor y amistad.

PABLO DE TARSO

*“Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!”*

Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias  
Y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.  
Filipenses 4:6-7 RVR (1960).

5

7



CONTENIDO  
MULTIMEDIA

# La indignación del coronavirus *es también* una oportunidad

La indignación  
del coronavirus  
*es también*  
una oportunidad



Mariano Blázquez



*por Mariano Blázquez*

*Abogado, miembro de la junta rectora de CLIE y secretario ejecutivo de FERED*

**Descarga y comparte la presentación**



CONTENIDO  
MULTIMEDIA

# Antología de poesía religiosa: *El salmo fugitivo*



*por Leopoldo Cervantes*

*Autor, pastor, profesor, periodista y experto en las áreas de Poesía y Reforma.*

***Descarga y comparte las poesías***

Un modelo  
pastoral para  
la iglesia actual

# PASTORES PARA EL SIGLO XXI

editorial Clie

JOSÉ M<sup>a</sup> BAENA ACEBAL

Disponible en [www.clie.es](http://www.clie.es)

## CAPÍTULO 2

### Necesidad del ministerio pastoral hoy

Sabemos que un pastor tiene ovejas y su trabajo consiste en cuidar de ellas: atenderlas en sus necesidades, llevarlas a buenos pastos, darles de beber agua limpia y fresca, protegerlas de los depredadores, hacer que el rebaño sea productivo, es decir, que provea la leche, la lana y la carne que se espera de él, haciendo igualmente que crezca y se reproduzca. El bienestar de las ovejas es fundamental para que el producto obtenido por el propietario sea el mejor. Las ovejas tienen sus propias necesidades, y para eso está el pastor, para atenderlas y cubrirlas convenientemente.

Si nos pasamos al terreno espiritual, basta con mirar alrededor para ver la realidad de la condición humana. El evangelista Mateo nos refiere lo siguiente, hablando de Jesús: “Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas, porque *estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor*. Entonces dijo a sus discípulos: «A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies» (Mt 9:36-37).

Surge la pregunta: ¿cómo está nuestro mundo alrededor nuestro? ¿vive feliz la gente? ¿tienen acaso respuesta para todas las preguntas e interrogantes que se les plantean? ¿se sienten seguros frente al mañana incierto? ¿creen que todo se resolverá solo, o que será “papá” Estado quien proveerá todo lo que les falta? Y qué decir de quienes francamente están pasándolo mal, de los que sufren rupturas familiares, dramas emocionales, desahucios, enfermedades incurables, o viven en países de guerra o huyen de ellos sin que nadie quiera acogerlos... La realidad humana de este mundo es dramática, si no trágica en tantas ocasiones en muchos lugares. Hay una gran necesidad. Los estados hacen poco o nada para remediarlo; las ONG hacen algo, lo que pueden y les dejan, y así muchos particulares de buena voluntad; pero la verdadera respuesta está en Cristo, y su obra está necesitada de “obrerros”, es decir, de personas —hombres y mujeres— que trabajen para llevar adelante el plan de Dios.

El Nuevo Testamento nos habla de distintos tipos de ministerios, o lo que es lo mismo, de diferentes “servicios” o funciones que el Espíritu Santo promueve en el seno de las iglesias locales o parroquias. Por un lado, aparecen los cinco ministerios de apóstol, profeta, evangelista, pastor y maestro (Ef 4:11). En otros textos se amplía la lista, por ejemplo, Romanos 12:6-8 nos habla de profecía, de servicio o ministerio (διακονία, *diakonía*) en general, de la enseñanza, la exhortación, la obra social o beneficencia (“el que reparte”), del liderazgo (“el que preside”), y del ministerio de la “misericordia”, que puede entenderse de diversa manera, basado fundamentalmente en la ayuda al prójimo, sea en sus necesidades materiales como en las emocionales, o de cualquier otro tipo. Puede, pues, entenderse este como un ministerio social práctico, entendido desde un punto de vista amplio, como también en el de la consejería pastoral. En el capítulo doce de la Primera Carta a los Corintios, además de algunas de las funciones ya mencionadas también se cita a quienes hacen “milagros”, o “sanar”, personas dotadas por Dios de esas capacidades sobrenaturales, o los que “ayudan” y los que “administran”. Estos ministerios de ayuda pueden referirse a personas capacitadas especialmente para apoyar a otros, sea económicamente, o personas con capacidades económicas que sostienen el ministerio o la obra social, o como ayudantes en diferentes funciones, tan necesarios para que todo avance. Los que administran o gobiernan (κυβερνήσεις, *kybernéseis*) son, evidentemente, quienes dirigen las iglesias, es decir, sus pastores o ancianos.

Todos estos, y sin que hayamos agotado las posibilidades, son los “obrerros” a quienes se refiere el Señor, y que son necesarios para poder llevar respuesta a ese mundo sufriente que está a nuestro alrededor, por el que el Señor sentía compasión, dadas sus profundas carencias y necesidades, y por el que nosotros también deberíamos sentir lo mismo.

La mies es mucha, el mundo entero es nuestro campo de trabajo, empezando por lo más cercano, hasta llegar a lo más lejano. Los obreros son pocos, pero hemos de empezar por considerarnos a nosotros mismos como los primeros implicados; las palabras de Jesús tienen que ver conmigo, me comprometen a mí. Nuestra oración para que el Señor envíe obreros a la mies no tiene el fin de “convencer a Dios” para que lo haga a fuerza de ser importunado con nuestras múltiples, extensas, e intensas oraciones; sino el de involucrarnos en el asunto al punto de que sintamos la necesidad de acudir nosotros. Nuestra oración no cambia a Dios, sino que nos cambia a nosotros al hacernos entrar en la dimensión celestial, la presencia del Padre, donde se ven las cosas como las ve Dios, donde se descubre su perfecta voluntad y donde la nuestra se rinde a la suya.

Volviendo al ministerio pastoral, sin menospreciar ninguno de los otros, hemos de entender que de forma particular este ministerio es absolutamente necesario. Los apóstoles son necesarios, porque hace falta quienes tengan la visión de ir más allá de los límites en los que estamos como creyentes y como iglesia (de ahí la preposición griega *“apo”*, desde, que indica un origen y se extiende más allá), ellos son los que hacen avanzar la obra, son los misioneros que entran en nuevos territorios inexplorados, fundan iglesias y ministerios, y son la vanguardia de la iglesia. Por otro lado, están los profetas, que no han de confundirse con los creyentes que ejercen el don de profecía. Estos son ministros de autoridad, como lo eran Pablo y Bernabé en la iglesia de Antioquía (Hch 13:1), que hablan la palabra de Dios, que transmiten su mensaje. Son predicadores, pero predicadores con un carácter profético, que hablan la palabra oportuna revelada por Dios para la ocasión. Ni la iglesia ni el mundo necesitan que se les prediquen sermones, sino mensajes proféticos de Dios. En esa palabra profética<sup>1</sup> está la respuesta a las necesidades y las situaciones del momento. Aunque el medio nos es adverso como iglesia de Jesucristo, la voz y el mensaje de Dios merecen ser proclamados y oídos en un mundo que parece bajo la suicida insensatez humana. Aunque haya una mayoría que no quiere oír, el mensaje ha de ser proclamado. Ahí están los profetas. También los evangelistas son necesarios, para que el mensaje de salvación, la oferta gratuita de perdón y regeneración llegue a todos. Ellos están especialmente dotados y capacitados por el Espíritu Santo con dones milagrosos y extraordinarios que confirman el mensaje predicado. Su función es producir conversiones masivas. Pero después de ellos, viene el pastor, cuya función es hacer que toda esa gente tocada por el mensaje, que ha tomado una decisión de seguir a Cristo, pueda hacerlo bajo protección, teniendo a su alcance los medios y los recursos necesarios para sobrevivir en un mundo adverso y feroz. Son criaturas indefensas, como las ovejas, incapaces por sí mismas de sobrevivir en un mundo en el que el hombre es un lobo para el hombre (*“homo homini lupus”*), como decía Plauto y popularizó más tarde Hobbes. Necesitan un pastor. Al pastor se le añade el ministerio de “enseñar”, pues la “sana doctrina”, la enseñanza correcta, es imprescindible para mantener una vida espiritual sana y productiva. Es como el alimento, que no produce la vida, pero la mantiene y la desarrolla; así la doctrina no salva, pues somos salvos por la fe en Cristo, pero nos mantiene salvos y nos proporciona el crecimiento necesario hasta llegar “a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Ef 4:13).

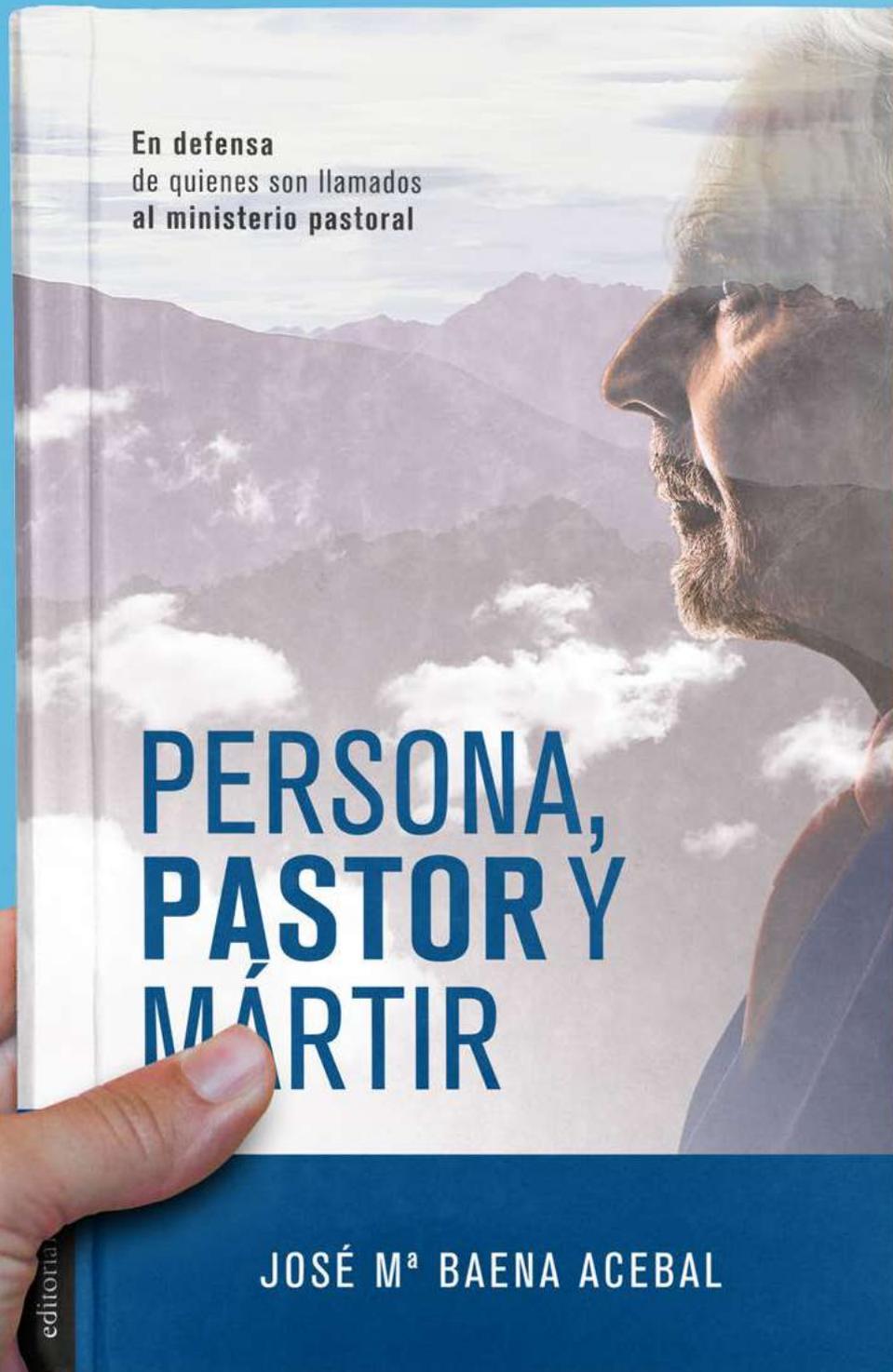
En el terreno eclesiástico vivimos tiempos de confusión y de inestabilidad. De una parte, están los grandes desafíos que para el cristianismo suponen el ateísmo y el Islam, ambos abiertamente beligerantes en contra de la fe de Cristo. Es cierto que hay otras cosmovisiones contrarias al cristianismo, pero ninguna como estas ha emprendido acciones concretas y planificadas para barrerlo del mapa. De otra parte, está la propia actitud suicida de muchos cristianos e incluso de iglesias que pretenden vivir un cristianismo “aligerado”, *light*, como todo aquello que ha sido desnaturalizado, desprovisto de su esencia. Un cristianismo sin Cristo no es cristianismo, y sin su radicalismo, en el mejor sentido de la palabra, es ineficaz. Lo que da la fuerza al evangelio de Jesucristo no son las grandes instituciones eclesiásticas, algunas absolutamente prescindibles, por mucho que puedan reclamar siglos de historia y tradición; ni los grandes eventos o celebraciones, con todo el valor que puedan tener, pues como dice el apóstol Pablo, “nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co 3:11). Esa es la verdadera roca sobre la que se asienta la iglesia de Jesucristo que, aunque en cierta manera se hace visible por medio de instituciones humanas, no son estas las que hacen iglesia, sino el conjunto del pueblo de Dios, los creyentes redimidos por Jesucristo, esos que la Biblia llama “santos”.

<sup>1</sup> Palabra profética no significa necesariamente “predicción”, ni “adivinación”. La “palabra de ciencia” o la “palabra de sabiduría”, mencionadas por Pablo al hablar de los dones espirituales pueden ser ejercidas por cualquier creyente como una manifestación del Espíritu Santo, sin que eso implique que tenga el ministerio de profeta.

En el mundo exterior a la iglesia se dice que muchos de los problemas que existen hoy se deben a una falta dramática de liderazgo; se buscan líderes carismáticos que lleven a las masas al bienestar y a la “libertad”, que satisfagan todos sus deseos, aunque sabemos que eso es imposible. Los políticos ofrecen sus soluciones, sus programas, prometen y prometen y prometen, pero los problemas siguen siendo los mismos: los poderosos siguen oprimiendo a los débiles; los ricos se hacen más ricos y los pobres más pobres; las guerras, la violencia, los abusos, las injusticias siguen existiendo e incluso se multiplican. La corrupción sigue en aumento porque aumenta el número de los corruptos, y con ellos el de los damnificados, porque cuando uno defrauda, defrauda a alguien; cuando uno abusa, lo hace a costa de otros; cuando uno ejerce violencia, lo hace sobre otro y en perjuicio de otro. Este mundo está enfermo y necesita cura. No es extraño que alguien pueda cantar “parad este mundo, que yo me bajo”. Jesucristo es la respuesta: “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Jn 3:8).

Los que servimos a Dios colaboramos con él en la tarea de llevar respuesta a la gente que está perdida; somos portadores de un mensaje de esperanza, de paz, de bendición, de reconciliación, pues esta es la gran cuestión: reconciliación. Las personas necesitan reconciliarse con sus semejantes, cercanos y lejanos, con quienes son diferentes, consigo mismas, con la naturaleza... y sobre todo con Dios, inicio y fin de toda reconciliación: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2 Co 5:19-20). Reconciliarse con Dios lleva a la reconciliación con uno mismo, y en consecuencia con quienes nos rodean, incluidos aquellos que no nos caen bien porque son distintos, cualquiera que sea la causa de esa distinción. Por eso hacen falta muchos “trabajadores” en la obra de Dios: hay frentes que abrir, almas a las que predicar, a las que enseñar “todas las cosas” que el Señor enseñó a sus discípulos, almas que guiar y que cuidar, a quienes hay que llevar respuestas antes que exigencias y requisitos religiosos, y eso es tarea de los pastores de almas, un oficio, si se le puede llamar así, absolutamente necesario en el mundo de hoy. Pero solo los que son llamados pueden ejercer esa tarea tan especial. Solo los que son llamados.

LO ÚLTIMO DE JOSÉ M<sup>a</sup> BAENA



Adquiere-lo en [www.clie.es](http://www.clie.es)

## CAPÍTULO 6

### **Piensa, siente, sufre, trabaja, disfruta, ¿descansa?**

Continuamos adentrándonos en la realidad íntima de la vida de los pastores. Nos hemos ocupado de sus relaciones, de su fe personal. Ahora nos ocuparemos de otros detalles que también son importantes: como ser humano, premisa inicial de nuestra reflexión, el pastor está compuesto, según el concepto bíblico, de cuerpo, alma y espíritu. Tal división nos señala tres áreas de atención en la vida del pastor, sea este hombre o mujer.

Como en el capítulo anterior nos hemos centrado en aspectos que tienen que ver con su vida espiritual, en este capítulo nos ocuparemos de los otros aspectos que tienen que ver con su vida física y material, y con su «alma», es decir, su mente, sus sentimientos y emociones, y su voluntad.

#### *Piensa*

Dijo Descartes, según nos han traducido, «Pienso, luego existo», y tan escueta frase quedó grabada en mármol para la posteridad. Para que sonara mejor, lo dijo en latín, que era el idioma de los filósofos y sabios en su época, como ha sido hasta hace no mucho tiempo: «Cogito ergo sum». Pero no hace falta hablar latín para saber y reconocer que los pastores también piensan, o pensamos, pues me honro de estar incluido en su número.

Sí, pensamos, y también solemos orar y consultar a Dios sobre todo cuanto nos concierne como pastores. La reflexión concienzuda ha de formar parte de la actividad intelectual y emocional de los pastores, como en realidad de todo ser humano, que se distingue de los demás animales, entre otras cosas, por su inteligencia. Con todo, somos falibles, como el resto de los mortales. No hay nadie infalible en la tierra, ni el mismísimo papa de Roma, por mucho que así lo proclamara el concilio Vaticano I en 1870, en el clímax de la arrogancia papal, alimentada a lo largo de los siglos. Pero eso no quita que algo debemos de haber aprendido a lo largo de nuestra carrera ministerial. Si a Timoteo y a Tito Pablo les recomienda que exijan una serie de requisitos a quienes van a ejercer el ministerio pastoral, si antes de que ejercieran el ministerio habían de ser probados y acreditados, si no se puede poner a cualquiera en el ministerio, ha de ser por algo. El mismo Pablo dice: “Esta confianza la tenemos mediante Cristo para con Dios. No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto” (2 Co 3:4-6). Los pastores solemos actuar reflexivamente cuando atendemos a nuestras iglesias, aunque en ocasiones nos equivoquemos. Pensar, meditar, estudiar las situaciones, sopesar las soluciones y las distintas repercusiones de nuestras decisiones o actuaciones, incluir en ellas a las personas idóneas, forma parte de nuestras responsabilidades pastorales.

A veces la vida en las iglesias se parece a un partido de fútbol: el entrenador toma decisiones, asesorado por sus ayudantes y técnicos, con resultados diversos. Pero en las gradas, y especialmente en los hogares, frente al televisor, hay multitud de «entrenadores» expertos que saben lo que hay que hacer y así lo proclaman, que no dudan en criticar las decisiones del entrenador profesional que en realidad dirige al equipo. El entrenador es quien asume la dirección de sus jugadores, quien se enfrenta a ellos y a la afición que, mientras el equipo gana, todo va bien y aplaude, pero que cuando pierde un partido se revuelve y ataca al entrenador inepto e incapaz. A muchos les parece fácil pastorear una iglesia, mantener la unidad entre personas diferentes y de diferente nivel espiritual. Llevar adelante proyectos de crecimiento y expansión en cumplimiento de la Gran Comisión requiere capacidades de liderazgo. Atender a las personas en sus necesidades requiere dedicación, paciencia, tolerancia, sensibilidad, empatía, amor, etc. Asumir responsabilidades jurídicas, administrativas y financieras requiere igualmente ser valiente

y estar dispuesto a muchas cosas. Soportar los caprichos de los creyentes inmaduros requiere un carácter apacible, paciente, humilde y un buen control de sí mismo, etc.

Cuando el creyente de a pie, «experto» en liderazgo, esté acostumbrado a este tipo de presiones y situaciones y el éxito le haya acompañado en la aplicación de sus teorías, entonces su «solución» podrá ser tomada en cuenta seriamente. Hay que saber escuchar a los demás y aceptar opiniones diversas, pero eso es una cosa y tener que aceptar los dictámenes de ese tipo de «expertos», es otra muy diferente. Además, muchas veces esas «aportaciones» son malintencionadas.

## ***Siente***

El pastor piensa, pero también siente. ¿Y qué siente? Pues, como todo el mundo, es sensible al aprecio y al rechazo, al respeto y al menosprecio, a las palabras amables y a las palabras duras y ofensivas, al reconocimiento y a la crítica. Siente todo tipo de sentimientos, como cualquier otro ser humano. Tiene sentimientos buenos y también malos, como los demás, lo que ocurre es que por lo general ha aprendido —y si no lo ha hecho, tendrá que hacerlo antes o después— a someter esos sentimientos al Señor y a preservar su mente y su corazón de los resentimientos y las amarguras. Si los sentimientos que surgen de su corazón son malos, tendrá que humillarse a Dios y pedir que se los cambie. El fruto del Espíritu es “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gl 5:22-23), todos ellos en esta enumeración tienen que ver con las relaciones humanas; todos son imprescindibles en el ejercicio del ministerio pastoral. En ocasiones, nuestra reacción ante ciertas situaciones nos hace indignarnos. La gente se siente rápidamente ofendida por determinadas cuestiones, por cosas que decimos los pastores desde el púlpito o en el trato con los feligreses, pero cree que los pastores somos inmunes e insensibles a determinadas actitudes, palabras, rumores que se extienden bien o malintencionadamente, etc. que tenemos una coraza que nos protege contra todo eso, y que lo mismo sucede con nuestras familias; o que, en todo caso, no tenemos el derecho a sentirnos ofendidos como los demás, ya que se supone que tenemos que ser capaces de aceptar la crítica, todo tipo de crítica.

Lo que ocurre es que la madurez cristiana permite que uno ame, que en medio de la adversidad se mantenga el gozo y la alegría, que uno no se amargue, que mantenga la paz, sea paciente y no piense lo peor de los hermanos; que pueda seguir tratándolos amablemente manteniéndose firme en su compromiso de fe sin agredir a nadie, sino siendo manso y humilde, manteniendo el control de su persona en todo momento. Son los frutos del Espíritu que, evidentemente, han de darse abundantemente en un pastor o una pastora, porque de no ser así las reacciones serían las mismas que las de cualquier ser humano sometido a presión, atosigado, agotado, humillado y minusvalorado por otros, lo que no sería un buen testimonio ni sería edificante. Ante tales circunstancias, algunos sucumben y abandonan, deprimidos, desanimados, amargados... El Señor provee su gracia para que esto no suceda, pero si nos descuidamos... todo puede suceder.

## ***Sufre***

Por eso, el «contrato» ministerial incluye una «cláusula de sufrimiento» que toda persona que se dedique al servicio del Señor ha de considerar y aceptar. Lo que ocurre es que, como muchos hacen con las interminables condiciones de los programas informáticos, marcan la casilla sin leerla, y siguen adelante. Pablo da testimonio de lo que había sido su vida:

En trabajos, más abundante; en azotes, sin número; en cárceles, más; en peligros de muerte, muchas veces. De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he sido náufrago en alta mar; en caminos, muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. Y además de otras cosas, lo que sobre mí se añade cada día: la preocupación por todas las iglesias. (2 Co 11:23-29).

No toda esta lista de dificultades y sufrimientos forma parte de lo que nos tocará vivir en nuestros ministerios, pero son un ejemplo de hasta donde pueden llegar las cosas, para que no pensemos que todo ha de ser fácil en nuestra tarea. El pastoreo no es una profesión bien remunerada, ni bien considerada socialmente, al menos no siempre ni en todas partes. El ministerio es un servicio que se hace al Señor y a las almas que se nos han encomendado, por el que hemos de dar cuenta, tema que tratamos al final en capítulo aparte.

Pastorear almas implica pagar un precio. De hecho, servir al Señor en cualquier ministerio implica de por sí pagar cierto precio. Cualquier pastor que en realidad lo es puede dar testimonio de ello. Pablo se lo recuerda a Timoteo cuando le pide “no te avergüences del evangelio... sé participante conmigo de los sufrimientos por el evangelio, según el poder de Dios” (2 Ti 1:8), y “sé partícipe de los sufrimientos, como buen soldado de Jesucristo” (cp. 2:3). No se trata de sufrir por sufrir, como si el sufrimiento por sí mismo fuera algo valioso. El sufrimiento es consecuencia de persistir en la consecución de un propósito, del propósito de Dios para nuestras vidas y ministerios, según su mandato de «ir y predicar», de «hacer discípulos» de «enseñar», etc. La obra de Dios tiene fines bien definidos, pero la oposición de Satanás también los tiene y es esta oposición la que produce los sufrimientos de los siervos de Dios; por eso Pablo declara, “todo lo sufro a favor de los escogidos” (2:10). No olvidemos que en todo esto contamos con “el poder de Dios” (1:8).

## Trabaja

En su lista, Pablo menciona “en trabajo y fatiga, en muchos desvelos... lo que sobre mí se añade cada día: la preocupación por todas las iglesias”.

Siempre se cuenta entre los pastores ese chiste que, aunque malo, expresa una realidad: un niño a quien el profesor le pregunta:

—¿Tu padre en qué trabaja?

Y el niño le contesta:

—No, Sr. Profesor, mi padre no trabaja; mi padre es pastor.

Claro, todos sabemos a lo que se refiere el niño: que su padre no tiene un trabajo secular, que su trabajo es el de pastor de una iglesia. Pero sin pretenderlo, expresa la idea que mucha gente tiene.

En determinados países, donde el evangelio está bien arraigado, por lo general los pastores de iglesias son remunerados, e incluso bien o muy bien remunerados. Pero en muchos otros lugares donde la situación no es así, la cosa varía mucho. Hay iglesias grandes que pueden sostener a sus pastores e incluso a más personal, pero muchas otras iglesias no pueden cubrir todos los gastos y además proveer para el sostenimiento digno de sus ministros. En estos casos, salvo que reciban fondos de la denominación o de alguna otra fuente, los pastores se ven forzados a trabajar secularmente. El mismo Pablo tuvo que hacerlo. Este ha sido mi caso y el de muchos compañeros que conozco en distintos momentos del ministerio. En todo caso, salvo deshonrosas excepciones, los pastores trabajan. Lo hacen en la iglesia, en alguna empresa, en negocios propios, o en ambas situaciones. No deberíamos juzgar ninguna situación, porque sería injusto.

El trabajo pastoral es normalmente intenso y dependerá en buena medida del tamaño de la iglesia y de su dinámica. En el caso de tener que trabajar además secularmente para poder mantener a la familia, el trabajo se multiplica por dos. Algunos pastores, en alguna ocasión, me han dicho: “Fui llamado al ministerio y si el ministerio no me mantiene, lo dejo. Tengo que vivir por fe”. Es cierto que Pablo dice: “Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio (1 Co 9:14); es un derecho de los siervos de Dios y una obligación de las iglesias mantener a sus ministros. Pero las circunstancias no siempre son las idóneas y, entonces, estamos llamados a adaptarnos a ellas y resolver bajo la dirección del Espíritu Santo. Ese mismo Pablo añade después, “pero yo de nada de esto me he aprovechado, ni tampoco he escrito esto para que se haga así conmigo” (v. 15); y lo dice porque tenía otras razones más importantes que ya había expuesto previamente: “No hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo” (v. 12). Para Pablo, si sus derechos podían en alguna manera servir de obstáculo para la extensión del evangelio, él estaba

dispuesto a renunciar a ellos sin ningún problema. Al despedirse de los ancianos de la iglesia de Éfeso en Mileto, les dice: “Vosotros sabéis que para lo que me ha sido necesario a mí y a los que están conmigo, estas manos me han servido. En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: «Más bienaventurado es dar que recibir»” (Hch 20:34-35).

Lo de vivir por fe, expresión típicamente evangélica, es un asunto que implica muchas cosas. En principio, según nos dicen las Escrituras, todo creyente vive por fe. Para muchos, tal cosa significa que el sustento viene directamente de Dios, lo que por otro lado también es válido para todo creyente: “Poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abundéis para toda buena obra; como está escrito: «Repartió, dio a los pobres, su justicia permanece para siempre». Y el que da semilla al que siembra y pan al que come, proveerá y multiplicará vuestra sementera y aumentará los frutos de vuestra justicia” (2 Co 9:8-10). Este texto es aplicable a todo creyente. Por eso damos gracias a Dios y bendecimos la mesa antes de comer, porque reconocemos que todo cuanto tenemos proviene de Dios.

En cuanto a nosotros, quienes servimos a Dios en el ministerio, nuestro sustento puede provenir de distintas fuentes. Si somos pastores, la iglesia debe de proveer lo necesario para que de manera digna estemos sostenidos. En el caso de los misioneros, como era Pablo, otras iglesias pueden ser quienes apoyen la obra y el ministerio. Pero en caso de que ni una cosa ni la otra suplan plenamente lo necesario, también podemos —y sin duda debemos— buscar nuestro propio sustento haciendo valer «nuestras manos», así como lo hizo Pablo. No tenemos por qué avergonzarnos de ello, pues también es actuar en fe, si es lo que Dios desea para nosotros en ese momento. En ocasiones esto permite relacionarnos con la gente a quienes queremos servir, es un buen testimonio, sobre todo en lugares donde tradicionalmente la iglesia esquilmo a los fieles, como sucedió en tiempos de Lutero con la inmoral venta de indulgencias destinadas a cubrir los gastos suntuosos del papado, y que fue parte del detonante del movimiento de la Reforma. Pero es evidente que todo debe formar parte de la voluntad de Dios.

## *Disfruta*

¿No hemos hablado antes de sufrimiento, de trabajos? Claro que sí, pero todo no es sufrir, no todo es trabajar. ¿Quién lo soportaría? Los pastores también disfrutamos de la vida y de lo maravilloso que es servir al Señor.

Creo poder decir que los que somos realmente llamados al ministerio pastoral disfrutamos con nuestro trabajo y ministerio, a pesar de que de vez en cuando haya contratiempos o momentos de dificultad o, incluso, de sufrimiento. Pablo les confiesa a los corintios —aquellos dificultosos y complicados corintios— “Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en medio de todas nuestras tribulaciones” (2 Co 7:4). Es extraordinario cuando un poco después añade: “por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en insultos, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co 12:10). ¿Cómo es posible? Lo es cuando ese gozo proviene del Espíritu Santo como uno de sus frutos naturales.

La palabra gozo se encuentra profusamente distribuida en los escritos de Pablo, porque el evangelio es «buenas noticias» y las buenas noticias siempre traen alegría, bendición y frescura al alma sedienta: “Como el agua fría para el sediento, así son las buenas noticias de lejanas tierras” (Pr 25:25). Esas buenas noticias son nuestro mensaje como pastores y como siervos de Dios. El evangelio proclama la misericordia y el perdón de Dios, su amor infinito hacia los pecadores, llamados así al arrepentimiento; es un mensaje positivo de salvación, superando el de condenación que representaba la Ley de Moisés. No entiendo cómo a la hora de evangelizar o predicar algunos insisten en este mensaje viejo en vez de sacarle partido al nuevo, positivo y gozoso. Pablo, en su mensaje en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, proclama ante sus compatriotas: “Hermanos, hijos del linaje de Abraham y los que entre vosotros teméis a Dios, a vosotros es enviada la palabra de esta salvación, (...) os anunciamos el evangelio de aquella promesa hecha a nuestros padres (...) que por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que no pudisteis ser justificados por la Ley de Moisés, en él es justificado todo aquel que cree” (Hch 13:26,32,38-39). Ese es el mensaje del evangelio. Creo que cuando un vendedor atiende a su cliente para venderle un automóvil no se centra en lo viejo que está el anterior, resaltando sus defectos, posibles averías,

etc. sino que se centra en las cualidades del nuevo, su confort, seguridad, belleza, etc. Uno compra lo nuevo, no meramente se deshace de lo viejo; y lo compra para disfrutarlo.

Así que, además del gozo sobrenatural que proviene de lo alto, como «don perfecto» que es, los pastores disfrutamos de la vida que nos da Dios en plenitud. Exponiéndolo de otra manera, quiero decir que los pastores y nuestras familias tenemos «derecho», como todo ser humano, a ser felices, a disfrutar con los nuestros y a disfrutar sanamente de las muchas cosas bellas y hermosas que Dios ha hecho y ha puesto a nuestro alcance y disposición. La palabra de Dios nos habla de sobriedad en todas las cosas, pero no de ascetismo que, por otro lado, es un concepto nacido de una filosofía pagana. Hay una parte de la vida de los pastores que les pertenece solo a ellos y a sus familias: es su tiempo familiar, su tiempo de ocio, de disfrute personal. Pero hay creyentes que no lo entienden, que piensan que el tiempo del pastor y de su familia les pertenece a ellos por el simple hecho de ser sus feligreses y que, por tanto, pueden molestar o acudir a ellos en busca de cualquier banalidad en cualquier momento, sin restricciones.

Nuestras sociedades tienen, según las culturas, diversos criterios sobre los horarios y el tiempo. Parece que los de nuestros pueblos latinos son más relajados a este respecto, yo diría que incluso inadecuados, en muchas ocasiones. Tiene que ver esto con llegar tarde, o no llegar y dejar plantadas a las personas, faltándoles el respeto y haciéndoles perder su tiempo, tan precioso como el nuestro; con las horas a las que nos permitimos llamar a casa de los demás o introducirnos en sus vidas privadas, etc. Ahora, con los mensajes de los teléfonos móviles, la cosa se ha agravado de dos maneras: la primera es que, además de las potenciales llamadas inoportunas, cualquier hora es válida para mandar un mensaje, no teniendo en cuenta que la gente come, descansa, o se ocupa de sus quehaceres, organizándose según sus propios criterios y circunstancias personales— La segunda es la profusión de mensajes que enviamos y reenviamos, muchas veces absolutamente inadecuados. He tenido gente, algunos de ellos absolutamente desconocidos y otros cercanos, que todos los días a las 8:00 AM me mandaban su mensajito particular, textos bíblicos, testimonios, oraciones, exhortaciones, etc. Por meses... El aburrimiento, en el caso de algunos de ellos, al no contestarles nunca, les ha hecho desistir, aunque de vez en cuando, vuelven al ataque. Otros han pasado directamente a formar parte de los archivos de *spam*.

Los pastores disfrutamos, como el resto de las personas vivas de este mundo, de veinticuatro horas de vida por día. Esas veinticuatro horas están repartidas de diversa manera, como para cualquiera: horas de trabajo —lo normal entre la gente son ocho horas de trabajo— que no son fijas en el caso de los pastores; tiempo para las comidas —en su horario normal, según el país, la cultura y las posibilidades reales; tiempo devocional y de estudio, de oración y de preparación —¿o piensan que las predicaciones y los estudios bíblicos se preparan solos y en cinco minutos?— tiempo de sueño y de descanso, tiempo de ocio, de pasear y de estar con la familia —ya hablaremos de los hijos— etc. Se me olvidaba, también hay que ir de compras al supermercado, acudir al médico de vez en cuando, y muchas más cosas. En fin, como todo el mundo.

Parece obvio, pero no todo el mundo lo entiende o lo respeta.

Después de todo lo dicho hasta aquí en este capítulo, viene al caso la pregunta:

## ¿Descansa?

Para todo el mundo el descanso es algo obligatorio, pues sin él llega el cansancio, el agotamiento y el colapso emocional y físico. Confieso aquí que no siempre he sabido descansar, parar, dejar a un lado las responsabilidades y ocuparme de mi familia para disfrutar del ocio, del juego, del descanso enriquecedor.

Hemos hablado ya de que la propia iglesia ha de saber respetar el tiempo privado de sus pastores, las horas familiares, sus vacaciones, etc. Pero es necesario también que nos examinemos a nosotros mismos y veamos si acaso no es nuestra propia culpa el que no descansen suficiente y adecuadamente.

No somos legalistas en cuanto a la observancia del domingo como día de descanso, pero hemos de tener en cuenta que si el Señor dispuso por ley un día de cada siete para descansar sería por algo. El propósito era que

todo ser vivo descansase, incluidos los siervos y los animales domésticos, pero también que en ese día la mente y el corazón pudieran centrarse en el dador de la vida, en el Creador. El domingo es día de trabajo para los pastores pues es día de culto —o de cultos. Personalmente, celebro que un día logramos romper la dinámica de celebrar dos cultos por domingo, lo que era realmente agotador, sobre todo para el pastor. Ciertas circunstancias —léase, la Expo del 92 en Sevilla— nos permitieron cambiar ciertos hábitos fijos. Por un lado, estuvimos dos meses de campaña en una carpa en un lugar cercano a nuestro local de cultos. Toda la actividad, incluidos los cultos, se celebraba en la carpa. Por otro lado, al concluir la campaña, el culto dominical se celebraba por la mañana, a fin de que los hermanos pudieran acudir a la Expo por la tarde, pues había voluntarios que participaban en la actividad del Pabellón de la Promesa. Seis meses de continuidad crearon un nuevo hábito congregacional y, desde entonces, nuestros cultos son por la mañana. De ese modo, la tarde queda reservada para el descanso o la vida en familia. Otros pastores, amigos y compañeros, han tomado decisiones parecidas, con gran alivio para sus vidas personales y familiares, y con aceptación generalizada de sus congregaciones, que agradecen el poder así dedicar tiempo a la familia.

Las iglesias, de una u otra forma, solemos desarrollar actividades durante toda la semana: cultos, reuniones, ensayos, visitas, etc. La pregunta es, si pretendemos que la gente participe en todo, ¿cuándo se dedican a la familia? Hoy más que nunca, nuestros hijos necesitan nuestro cuidado y atención. No dedicarles el tiempo necesario significará pérdidas irreparables en el futuro. Si no asumimos el cuidado directo de nuestros hijos, criándolos «en el Señor», otros asumirán la tarea de formarlos a su modo y, cuando nos demos cuenta del error, será demasiado tarde. Por esa razón, la hiperactividad en la iglesia lleva al cansancio generalizado y a que la gente poco a poco se queme y abandone las actividades, la iglesia, o ambas a la vez. Un ritmo acelerado solo se puede mantener durante un tiempo. Ese cansancio afecta a los miembros y al ministerio. La actividad es necesaria para cumplir con la Gran Comisión, pero ha de desarrollarse con sabiduría, con equilibrio, al ritmo adecuado, con descanso y buscando y asegurando la productividad y no la actividad por sí misma.

Clie  
cerca  
de ti



ACCEDE AHORA Y  
**TE REGALAMOS UNO**  
DE ESTOS 5 LIBROS

Síguenos en Redes Sociales



ventas@clie.es

